La torre

Luisina Giorgetti

Capítulo 1

La torre

El despacho se iluminó con una luz tenue que trajo a la vida los colores sobrios y las ornamentaciones refinadas. Dos hombres tomaron asiento en unas sillas antiguas de cuero mientras que el mayordomo les ofrecía habanos de una caja de madera y preparaba dos vasos de whisky importado, doble para su patrón.

Luego de un brindis y una pequeña degustación, ambos pusieron atención a lo que se interponía entre ellos. Una torre se alzaba en el medio majestuosa, firme, y orgullosa, como un caballero cuyas hazañas heroicas pasan a formar parte de la historia por siglos. Sus tonos verdes y azules emanaban un aura vibrante única en su especie, que era perceptible aun en el más oscuro de los recodos, y que transmitía una paz sanadora, envidiable hasta por el más imperturbable de los hombres.

El anfitrión se irguió y, dando una calada a su cigarro, empezó a darle golpecitos a un bloque verde hasta que, con cuidado, logró sacarlo. Le dio vueltas en sus dedos rechonchos para colocarlo en la cima de la torre, noventa grados torcido con respecto a la fila de abajo. El otro hombre se acarició la enorme barriga vestida con un costoso traje rayado y procedió de la misma manera que su anfitrión. Continuaron quitando bloques de la parte baja, uno a uno, para luego colocarlos en la cima con ademán soberbio, al mismo tiempo que soltaban risitas descaradas.

Sin embargo, algo cambiaba conforme transcurría la tarea. El aura radiante de vigor estaba empezando a desaparecer, como si se estuviera evaporando con el fin de perderse en el mar de humo que ahogaba a la habitación; los vivaces colores que un día habían dado dicha eran ahora manchas pútridas en los tonos de la ceniza mezclada con la arena; y la torre quebradiza se tambaleaba de un lado a otro, intentando con todas sus fuerzas mantenerse en pie al mismo tiempo que era ultrajada vilmente y despedazada de sus partes como un gato en el medio de una jauría hambrienta.

Los hombres brindaron con su segundo vaso de whisky a la vez que la tensión de la competencia iba en aumento. Ambos estudiaban el panorama minuciosamente, intentando por todos los medios mantener la destartalada construcción en pie. No obstante, con cada movimiento sumaban a la cumbre el peso de la negligencia, el despilfarro, la indiferencia, el egoísmo, y la explotación que dificultaba el cometido de manera exorbitante.

El huésped miró la hora en su reloj de oro y diamantes, terminó de un sorbo el resto de su bebida y se inclinó hacia adelante decidido. Quitó una

de las pocas piezas restantes y, con la precisión de un cirujano, la colocó en la cima. El anfitrión se detuvo unos minutos para pensar su estrategia, mientras que la torre rasgaba con todas sus fuerzas el escritorio de roble lustrado en un afán de permanecer erguida, y el aura daba suspiros agonizantes como un enfermo próximo a la muerte. El hombre tocó con el dedo uno de los bloques del centro. Cayó.